

Díaz-Guardamino, M.; García Sanjuán, L.; Wheatley, D. (2015): *The Prehistoric Lives of Prehistoric Monuments in Iron Age, Roman and Medieval Europe*. Oxford, Oxford University Press, 356 pp. ISBN: 978-0-19-872460-5

En múltiples regiones de Europa y del mundo, el megalitismo supuso la primera forma de monumentalización del paisaje. En sí mismas estas construcciones, realizadas a partir de grandes piedras, supusieron un cambio sustancial en las formas de comprensión de la realidad de las sociedades que las erigieron. Por primera vez, los grupos humanos se atrevieron a modificar, transformar y a “humanizar” un orden natural considerado como sagrado y, por tanto, inalterable. Su carácter duradero junto a su visibilidad paisajística sugieren que posiblemente, una de las motivaciones fundamentales en la construcción de estos monumentos fue su deseo de trascender el presente, creando un sentido de linealidad temporal donde pasado y futuro alcanzaron una relevancia previamente desconocida. De esta forma, las categorías de tiempo y espacio experimentaron un cambio de enorme relevancia para la comprensión de las formas que adquiere la evolución cultural humana. Así, las construcciones monumentales de época prehistórica suponen la expresión de un nuevo orden social y cultural, donde la memoria colectiva queda íntimamente vinculada a un paisaje que se ordena a través de su existencia.

Posiblemente, son estas propiedades del megalitismo las que le confieren una de sus más conspicuas características, su extraordinaria pervivencia temporal y las complejas biografías que atesoran muchos de estos monumentos; un fenómeno que no ha sido convenientemente explorado ni su relevancia social y cultural adecuadamente analizada. Seguramente, la forma en que se han construido los discursos históricos dominantes explique esta falta de interés. La profunda influencia evolucionista que define a las narrativas sobre las sociedades pasadas ha enfatizado todos aquellos elementos relacionados con el cambio, ya sea tecnológico, económico o social, marginando otros aspectos como la continuidad cultural o los fenómenos de resistencia. De esta forma, la sucesión ordenada de manifestaciones arqueológicas, periodos y culturas ha constituido el eje del discurso histórico de la Modernidad.

The live of Prehistoric Monuments in Iron Age, Roman and Medieval Europe es una excelente aportación que precisamente rompe con la linealidad histórica, reivindicando la importancia de los fenómenos de continuidad y pervivencia de construcciones monumentales prehistóricas en momentos culturales alejados de los

tradicionalmente considerados de construcción y uso. La obra presenta 17 capítulos organizados en tres secciones: Introducción, Casos de Estudio y Recapitulación y Conclusiones. En la primera sección se incluyen dos capítulos de contextualización del objeto de estudio. En el primero de ellos, los editores/a del libro, Marta Díaz-Guardamino, Leonardo García Sanjuán y David Wheatley, presentan los objetivos, la estructura del trabajo y los temas generales tratados. En el segundo, Joyce Salisbury discute el papel de la religión y las creencias en la construcción de grandes monumentos. Esta autora plantea que las creencias son un aspecto consustancial y estructural del ser humano, de forma que todas las sociedades comparten un mundo espiritual al que se accede de múltiples formas pero que tiene como objetivo conectar el mundo terrenal con la divinidad.

La sección “Casos de Estudio” incorpora 13 capítulos y es la principal del libro. La variedad de ejemplos analizados y de perspectivas es una de sus principales características y fortalezas. Así, destaca la diversidad de periodos culturales, desde la protohistoria hasta época moderna y contemporánea, y geográfica, incluyendo incluso regiones no europeas como el Magreb. El megalitismo y sus diferentes expresiones materiales son claramente el tipo de monumento y paisaje prehistórico estudiado en la mayoría de los capítulos. Solo contados casos se alejan de esta casuística, por ejemplo, las prácticas de cristianización de abrigos y paneles con motivos pintados y grabados de época prehistórica discutidos por Leonardo García Sanjuán y Marta Díaz-Guardamino, o el trabajo de Staša Babić que nos alerta, a través de un caso de estudio, sobre las debilidades del análisis arqueológico en el que trata de separar diferentes acontecimientos en unidades temporales, sin tener en cuenta sus posibles relaciones mutuas y temporalidades entrelazadas.

El estudio de la pervivencia y significado social de los monumentos prehistóricos se ha realizado básicamente desde dos perspectivas diferenciadas y en algunos casos interconectadas. En la primera se utilizan las fuentes literarias y la tradición oral y en la segunda, y más habitual, el estudio arqueológico de las evidencias materiales. El poema de Beowulf es un excelente ejemplo de cómo la tradición oral habría incorporado los monumentos prehistóricos dentro de las cosmovisiones

medievales. Según Howard Williams, el poema revela una particular percepción en la que las sepulturas megalíticas identificadas con “*the dragon’s mound*” son consideradas lugares mitológicos con complejas biografías.

Quizás el tema principal que subyace en la mayoría de los casos de estudio sea la apropiación del pasado a través de los monumentos megalíticos y su reinterpretación de acuerdo con intereses sociales y políticos específicos, o su adecuación a cosmovisiones igualmente particulares. Así, Mara Vejby nos presenta el caso de diferentes tumbas megalíticas de la Bretaña francesa en las que se han documentado estatuas de diosas romanas habitualmente asociadas a cerámica y monedas igualmente romanas. Este tipo de ofrendas son consideradas como posibles rituales conmemorativos asociados a la batalla que supuso la conquista definitiva de Bretaña por Julio César. En este contexto, la recurrente presencia de estatuas de la diosa Venus tendría importantes implicaciones simbólicas e ideológicas, dada su relación mitológica con el origen de Roma y con el propio linaje de Julio César.

Borja Legarra también nos muestra un excelente ejemplo de reutilización de tumbas pertenecientes, en esta ocasión, a la Edad del Bronce de Creta. Discute la rigidez interpretativa que considera el uso de estas sepulturas durante la Edad del Hierro y época helenística como el medio para fortalecer determinadas posiciones sociales y políticas, frente a las evidencias de época romana relacionadas con saqueos u otros usos seculares. Alternativamente, propone una aproximación más relacionada con la agencia, con el papel activo de los propios monumentos a la hora de determinar la forma en que las sociedades los incorporan en sus cosmovisiones y dinámicas sociopolíticas. Para un ámbito no europeo como el norte de Túnez, Sanmartí y otros también documentan evidencias de reutilización de sepulturas megalíticas concentradas en dos momentos temporales, en los siglos III y V d. C. En el primer caso se consideran prácticas de resistencia a las desigualdades creadas por el Imperio Romano y, en el segundo, como la legitimación de las nuevas estructuras sociales y políticas tras su colapso.

Dentro de las formas de apropiación del pasado, un caso particular lo constituyen diferentes monarquías europeas, que han encontrado en los monumentos prehistóricos la mejor forma de legitimar sus aspiraciones políticas. Desde el medievo hasta época contemporánea son numerosas las evidencias de reyes, linajes o dinastías que se han apropiado del pasado, asumiéndolo como propio. Este es el caso discutido por Gabriel Cooney del complejo megalítico de Knowth (Irlanda), utilizado

como residencia real en época medieval pero también como lugar de enterramiento restringido a las elites sociales entre los siglos I a.C. y III d.C.; o el de la monarquía danesa, que según propone Steen Hvass, desde el siglo XVI se ha legitimado mediante su conexión con el sitio monumental de origen vikingo de Jelling.

La península ibérica también ofrece un destacado caso de estudio discutido por Miguel Ángel de Blas Cortina, en el que diferentes monumentos megalíticos fueron utilizados para legitimar el origen del reino cristiano de Asturias. De esta forma Pelayo, su fundador, y su hijo Favila fueron enterrados el primero en la iglesia de Abamia, construida junto a una sepultura megalítica, y el segundo en la iglesia de la Santa Cruz, mandada construir por el propio Favila sobre el dolmen del mismo nombre. La especial significación de este reino y de la victoria de Pelayo contra los musulmanes en la batalla de Covadonga (718 d.C.) ha sido posteriormente considerada como fundamental en la denominada como “reconquista” y, por tanto, clave en la misma fundación del reino de España.

La relevancia de los monumentos prehistóricos en la legitimación de determinados líderes, reinados o instituciones políticas debe relacionarse con la importancia de estos lugares como sitios plenamente integrados en la vida de las comunidades locales y en donde habitualmente se desarrollarían prácticas ceremoniales de diferente naturaleza. Varios capítulos destacan precisamente el carácter sagrado, ritual, funerario o religioso de muchos de estos monumentos en épocas alejadas de su uso primigenio. Este sería el caso discutido por Leonardo García Sanjuán y Marta Díaz-Guardamino de los dólmenes de Menga, Viera y Alberite, con enterramientos de época romana y medieval, o de diferentes estelas y estatuas-menhir con inscripciones epigráficas funerarias pertenecientes a la Edad del Hierro y época romana. También la presencia de numerosos hallazgos de época romana en la entrada de Newgrange (Irlanda) ha sido interpretada por Gabriel Cooney como ofrendas con diferentes propósitos. Incluso la ausencia de evidencias de frecuentación durante el final de la Edad del Bronce y durante la Edad del Hierro en Avebury (Inglaterra) ha sido relacionada por David Wheatley con la existencia de algún tipo de tabú, que reconocería el poder ancestral del monumento.

Igualmente los intentos de cristianización de lugares y monumentos paganos evidencian su importancia simbólica y ritual, fuertemente enraizada en creencias mantenidas a lo largo de cientos incluso miles de años. Este sería el caso de los cambios y transformaciones impulsados por el rey Harald Bluetooth en el sitio

monumental de Jelling (Dinamarca), con motivo de su cristianización a finales de siglo X d.C., o de diferentes menhires, estatuas-menhir y sepulturas megalíticas de la Bretaña francesa y de la cercana isla de Guernsey, discutidos por Heather Sebire y por Luc Laport y otros. Diferente es el caso planteado por Francesco Fedele para la región italiana de Val Camonica, donde la erección y transformación de diferentes estatuas-menhir de origen calcolítico en el siglo IV a.C. ha sido considerada como una reinterpretación pagana en un contexto caracterizado por la diversidad de creencias y sincretismo religioso.

La tercera y última de las secciones del libro incorpora dos trabajos de recapitulación y conclusiones. Estella Weiss-Krejci centra su aportación en uno de los aspectos principales planteados en la obra, como es la apropiación del pasado mediante la reutilización o modificación de antiguos monumentos. A través de diferentes ejemplos de época histórica, se discute la importancia del pasado y de los ancestros en la construcción de genealogías justificativas de determinadas relaciones de poder. Finalmente, Richard Bradley cierra el libro con una excelente reflexión sobre el concepto de memoria, sus límites y su relación con los monumentos. Para ello, analiza cómo la tradición oral y la arquitectura monumental cambian y evolucionan en la medida en que su significado original va desapareciendo.

La valoración general de la obra es sin duda muy positiva. En mi opinión, está llamada a convertirse en un trabajo de referencia que conceptualmente rompe la linealidad histórica típica del pensamiento moderno, a la vez que plantea innovadoras herramientas conceptuales y procedimientos de análisis. No obstante, hay algunos aspectos menores que se echan en falta, resultado quizás de líneas de investigación novedosas y con escasa tradición. La mayoría de las contribuciones se basan en el análisis de sitios o monumentos concretos, faltando una perspectiva más integradora y regionalizada que permitiría definir con mayor precisión algunas tendencias generales. Hay algunas excepciones como el estudio de los menhires y estelas de la Bretaña francesa (capítulo 8) que muestra, efectivamente, las enormes posibilidades de una escala de análisis regional. Desde esta perspectiva inclusiva, hubiera sido especialmente pertinente un análisis comparativo entre los diferentes casos de estudio; sobre todo, si tenemos en cuenta que la mayoría de los capítulos se centran en monumentos megalíticos.

En mi opinión, la principal aportación del libro consiste en destacar la importancia que los viejos monumentos prehistóricos poseen en la vida de numerosas

comunidades. Su pervivencia, con significados variados a lo largo de sus complejas biografías, hace que el estudio de numerosas sociedades sea incomprensible, o al menos incompleto, sin su integración en el curso histórico. No solo la reutilización, la apropiación o re-significación de estos monumentos es ciertamente relevante, sino también la continuidad de prácticas de monumentalización durante miles de años (véase el caso discutido por Laporte y otros) nos obliga a repensar la forma en que se han construido las narrativas sobre el pasado y las categorías utilizadas para su comprensión.

Precisamente, los editores del libro destacan muy acertadamente cómo las complejas y dilatadas biografías de diferentes monumentos y paisajes ponen en cuestión categorías de análisis como la tradicional división entre Prehistoria e Historia. Reclaman asimismo el desarrollo de nuevas herramientas conceptuales con las que abordar el estudio de fenómenos culturales que suponen complejos patrones de uso, abandono, reutilización o transformación a lo largo de extensos periodos temporales. En mi opinión, lo realmente urgente pasa por un cambio epistemológico en la forma de construir los discursos históricos, que están generando disfunciones y contradicciones como las señaladas. Creo necesario romper con el modo en que se han elaborado los discursos históricos a partir de valores e intereses como la razón, la individualidad, el poder, el cambio, la masculinidad o la competitividad característicos de la Modernidad. Proyectando hacia el pasado estos valores, las sociedades occidentales han sido presentadas como el resultado de un proceso de continua innovación cultural, en la que las prácticas de permanencia o perduración de tradiciones ancestrales no han tenido cabida. Alternativamente, nuevas lecturas pueden articularse considerando que las sociedades pasadas tienden a construir sus identidades a partir de su identificación con el orden natural, en donde la naturaleza humana y no humana aparece como un *continuum* sin fronteras. La definitiva ruptura con categorías como sujeto-objeto o naturaleza-cultura como forma de comprensión de la realidad parece el necesario punto de partida, a partir del cual construir nuevos relatos donde complejas biografías como las discutidas en el presente libro ocupen un lugar central.

GONZALO ARANDA JIMÉNEZ
 Profesor Titular de Prehistoria
 Departamento de Prehistoria y Arqueología
 Universidad de Granada
 Correo-e: garanda@ugr.es